

Feliz año

Feliz año

365 días / 365 diaristas

Artefacto de
Esteban Feune de Colombi



Ediciones La uña RoTa
Colección Libros Robados

Feliz año (365 días / 365 diaristas)

Un artefacto de Esteban Feune de Colombi

Primera edición: marzo de 2025

© de los textos, sus autores y traductores

© 2025, Esteban Feune de Colombi, por la selección.

Diseño de la cubierta: Javier Tortosa / Democràcia Estudio

Maquetación: Arcadio Mardomingo

© 2025, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Ediciones La uña RoTa, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

ISBN: 978-84-18782-65-7

Depósito legal: sg 21-2025

Impresión: Villena Artes Gráficas

Printed in Spain – Impreso en España

El texto de la contraportada es un cóctel de reflexiones sobre la escritura de un diario personal de (por orden alfabético): Amiel, José Manuel Caballero Bonald, Elias Canetti, Hélène Cixous, Esteban Feune de Colombi, Teo Hernández, Gonzalo Maier, Begoña Méndez, Luis Javier Moreno, Carlos Edmundo de Ory, Alan Pauls, Alejandra Pizarnik, Marta Sanz, Beatriz Sarlo y David Wojnarowicz.

Los meses y los días son viajeros de la eternidad.

BASHO

¿Ninguna posibilidad de sumar la vida
de varias personas en una sola?

ELIAS CANETTI

NOTA A ESTA EDICIÓN

Las entradas de este este diario aparecen sin autoría, fecha ni bibliografía. Si gustan, las referencias se pueden consultar al final del libro. Se ofrece el día, título de la obra de procedencia –salvo que sea inédito–, año en que se escribió la entrada –cuando consta–, editorial, ciudad, año de edición y, si lo hubiera, responsable de la traducción. A modo de curiosidad, adelantamos que la entrada más antigua es de 1492 y la más nueva, de 3013. Entre esos quince siglos de diferencia, la mayor parte de las entradas están escritas en el siglo xx, siglo en que, a raíz de la publicación en 1884 de los diarios de Amiel (1821-1881), aumentó considerablemente la publicación de este género.

Hemos acogido entradas de cualquier época, idioma y persona, estén o no publicadas. Como en todo ejercicio formal literario, nos impusimos principalmente dos restricciones o *contraintes*. 1: cada día, un diarista distinto, de modo que no se repetirá ningún diario a lo largo de las 365 jornadas del año; y 2: la entrada ha de indicar día y mes (no obligatoriamente el año) en que fue redactada. Si bien cabe señalar que la propia dinámica impuso en el proceso unas pocas excepciones, como que hay una entrada «bisiesta», hay una fecha con doble entrada, hay un mismo diario que proveyó un par de entradas (una de la mujer, otra del marido) y hay una misma entrada idéntica en dos de los días. De resultas de lo cual, este diario contiene 366 días y 366 diaristas, desmintiendo así irremediablemente el subtítulo del libro. Qué le vamos a hacer si la naturaleza de un diario es así de incoherente e indómita.

Ni son todos los que están, ni están todos los que son. Lejos de establecer una antología, Esteban Feune de Colombi ha narrado, con entradas de distintos diarios, un (feliz) año.

ENERO

FEBRERO

MARZO

ABRIL

MAYO

JUNIO

JULIO

AGOSTO

SEPTIEMBRE

OCTUBRE

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

I DE ENERO

Hago balance seriamente. Seriamente no implica una hipocresía inicial. Quiere decir que, dentro de mis posibilidades, estoy dispuesto a escribir claro.

No tengo ninguna condición para la amistad. Sólo quiero a las personas que me pueden enseñar algo –y un momento, a las que me distraen–. Las efusiones y atenciones ajenas me producen el efecto de una vejación. Los elogios me dan fiebre. Las perfumadas amabilidades de Roldós –perfume barato– me sublevan. Si fuese rico y pudiese tener pianista, ya lo hubiera mandado a paseo. Mi egoísmo es nauseabundo e infecto.

Noto, por otra parte, que a medida que pasan los meses, mi desfachatez va en aumento. La mixtificación me divierte, aunque después, al considerarla fríamente, me repugne. Tengo una cierta tendencia –hasta diría una facilidad– a inventar cosas, a manipularlas a mi conveniencia. A veces hago callar a un interlocutor con una observación cuya falsedad –me consta– es absoluta, totalmente inventada. A menudo este juego se me da de una manera inconsciente, por el gusto mismo del juego. El hecho de que un mecanismo semejante, de una apariencia tan voluntaria y deliberada, pueda manifestárseme de manera inconsciente me lo hace inexplicable. Es desagradable pensar que se puede ser un mixtificador sin saberlo.

El estado permanente del hombre es el pecado. (Lector: no precipites, por favor, el comentario.) En la vida –me parece– se puede aceptar este hecho o tener alguna aspiración a la pureza. Pero salir del pecado es imposible. Tan imposible

como salir de la injusticia. Y, quizá, tan peligroso como salir de la injusticia. Si uno trata de salir del pecado, pueden suceder dos cosas: no acabar de salir por el contrapeso del pecado a creer haber salido sin ser verdad, sin ser cierto, y convertirse, entonces, en un ser falso e hipócrita, capaz de hacer cualquier enfermedad en nombre de la pureza fingida. Considerarse siempre un pecador siniestro puede dar una cierta esperanza de llegar a la humildad y la discreción. Espero que esta convicción no me abandonará en el curso de mi vida. Es la única esperanza que tengo.

2 DE ENERO

Ejercicios

Sigo aquejado de distintos males, o de uno solo con distintas manifestaciones, en especial un eczema persistente que ya dura bastante más que en ocasiones anteriores. También padezco de trastornos digestivos, de probable origen hepático. Detrás de todo esto, hay un probable origen psíquico. Hoy tuve un sueño que me pareció importante grabar en la memoria, pero poco después del despertar ya me fue imposible recordarlo. Se instala en mi mente una cortina, un bloque que se presenta bajo la forma de una música obsesiva, y cuanto mayor es mi esfuerzo por recordar el sueño, tanto más fuerte y rápidamente suena esa música. Me parece una maniobra de eso que Freud llama superyó, ya que la consciencia desea recordarlo, y el ello es seguramente quien lo produce. ¿Por qué esa represión? ¿Por qué algo que intentó, y logró en cierta medida, hacerse consciente, luego es groseramente vuelto a sumergir? (Ahora que lo pienso, esto puede deberse a una cierta debili-

dad que he desarrollado para interpretar mis propios sueños; el superyó ahora sabe de esa habilidad mía, y si bien permite a regañadientes que los contenidos se manifiesten durante el sueño mediante símbolos, luego no me permite recordar esos símbolos porque sabe que probablemente yo logre desentrañarlos.) (Pero, otra vez, ¿qué interés puede tener el superyó en mantener al yo ignorante de ciertas cosas?) Debo confesar que la explicación anterior no termina de convencerme. Todo debe ser bastante más complejo y tal vez el yo consciente no es tan ajeno a las maniobras regresivas. Es posible que el yo consciente se sienta sobrecargado de responsabilidades provenientes del mundo exterior, y que yo realmente no tenga ganas de hacerme cargo de cosas del mundo interior –como sucede muy claramente, por ejemplo, en el caso de la literatura: cada vez que siento el impulso de escribir un cuento o una novela, lo reprimo, pensando: «Si me meto en esto, quién sabe si me dejarán terminarlo. Me interrumpirán y el bello impulso quedará incompleto, frustrado, estropeado».

3 DE ENERO

El acuerdo que proyectamos de la Biblioteca Ayacucho con alguna editorial española me ha obligado a conocer por dentro el funcionamiento de las casas de Barcelona, con bastantes sorpresas sobre sistemas de trabajo y en especial de su muy largo tratamiento de los temas. Lo que creí propio de los Tusquets descubro que es generalizado. Por eso la conversación con un chico argentino que tiene un alto cargo en Bruguera (Ricardo Rodrigo) es reconfortante: todo se expone con claridad, se reconocen virtudes y defectos en las partes, se examinan las conveniencias y las desventajas con afán obje-

tivo y con velocidad. Probablemente esta impresión se deba a mi mejor conocimiento de la «gramática» rioplatense y a mi ignorancia de la catalana. Estoy todavía en punto cero y reconozco que mi velocidad para resolver estos asuntos (con su obligada cuota de errores) tropieza con un régimen más cauto, de pequeños pasos seguros, como aquí se estila.

Sigo sin desprendirme de Caracas, aunque ya no me agobia como al principio. Cada día pienso que podría instalarme aquí, como sueña Marta, y sobrevivir. Todo lo que se perdería de nuestra situación económica, se compensaría con un clima infinitamente menos áspero y una posibilidad de comunicación intelectual mayor, adulta y moderna.

4 DE ENERO

Les ardoises du toit. Exceso de constatación. Aquí comienza a fallarle el duende a R.

Pero yo sé lo que necesito. Esto es lo trágico. Siempre lo encuentro por la mitad, correspondiendo a mi deseo la parte ausente y disgustándome la que se ofrece.

Hacer el amor para ser por unas horas el centro de la noche.

Hacer el poema para desplegarse en su espacio o para erigirse en él como una estatua. Entre algunos pueblos civilizados esta actitud lleva el nombre de narcicismo. *Chez moi* es un hábito parecido al de llorar de miedo cuando truena.

Cuando hablo con Y. o con Q. me siento inmoral, casi diría degenerada. Pensando en el asunto descubro que nunca tuve prejuicios sexuales. Esto me asombra, dada mi educación y mi poca libertad «interna». El sexo o lo sexual es, para mí, el único lugar en donde todo está permitido. Siempre lo sentí así. Quiero decir: para mí el acto sexual es indepen-

diente, una especie de zona cerrada por un círculo. Se puede hacer el amor con cualquiera sin que intervengan conceptos como amistad, amor, familia, etc. O sea: hacer el amor con un amigo no implica forzosamente un cambio de relación. Es como ir al cine: un silencio y una participación. Después se fuma, se habla y se discute. Ayer me reí cuando Q. —tiene 30 años y es virgen— afirmó que no tiene prejuicios sexuales pero que el acto de amor «tiene que ser una totalidad».

5 DE ENERO

Me iré a la cama, que me doy cuenta de que me estoy volviendo un cínico.

6 DE ENERO

Henry, Henry, noto su falta. Cuando me telefonea, me derrito de añoranza. Ha estado enfermo. Sólo puedo verlo el domingo durante unas pocas horas. Dice: «¿Por qué no te quedas por la tarde? Hace tanto tiempo». Seis días. Es la primera vez que Henry pide, exige. Y sé de inmediato que correré todos los riesgos para *responder* a su petición.

Ethel y yo podemos hablar con franqueza sobre el pasado, de John y June, pero de nadie más. Con Henry, me freno. Hablo mucho con ella, porque necesita entenderse a ella misma. Inconscientemente, trata de seducirme. Pero no estoy interesada en Ethel. Y es mi nuevo yo, que ahora exige demasiado de las personas, ¡que se da menos a sí mismo sin sentido crítico! Esto se lo debo a Allendy.

Cuando, impulsivamente, me acuesto junto a Hugh y le digo que lo amo, es porque me mueve el remordimiento y un oscuro sentimiento de culpabilidad: la piedad. Me gustaría encontrarle defectos, odiarlo, pero no tiene defectos. Me conserva por mi sentido de culpa, de responsabilidad, por mi incapacidad de infligir dolor. ¿Por qué no se ha dado cuenta Allendy de que debía haber asentido, tolerado mi separación de Hugh? ¿Por qué no ha advertido que mi esposo es Henry? El interés personal ha cegado a Allendy.

Vi a Henry una noche y me recibió arrojándome de inmediato sobre la cama. Tuve una impresión de tristeza al *visitarlo*, me sentí burlada por la enorme alegría de nuestra fusión, afligida por el contacto efímero. Luego Henry se fue de viaje durante unos días con Fred y yo fui a ver a Allendy.

Allendy ha pensado que no tiene bastante que darme, que una mujer como yo necesita todo, que estaba aprisionado en su propia vida, que no era libre para darme bastante. Pero, entretanto, yo, con mi habitual falta de confianza, empezaba a pensar que no me amaba lo suficiente. Allendy lucha desesperadamente contra esta falta de fe. Cree que ha fracasado como psicoanalista por ceder al atractivo que siente por mí antes de terminar el tratamiento (antes de separarme de él).

En este momento me doy cuenta de que me he alegrado cruelmente de esta misma victoria, derrotando al psicoanalista y trastornando al hombre, que era esto lo que había querido, mi gentil venganza sobre el hombre de quien dependo en gran medida para ser feliz. Sin embargo, nunca hago un uso cruel de mi victoria. Me conmueve mucho la vulnerabilidad de Allendy.

He temido un momento esta nueva vida de triunfos sobre los hombres a quienes empiezo a descartar, abandonar, traicionar y herir. Empecé abandonando a Hugh, después a Eduardo y ahora a Allendy. Dios mío, no puedo soportar esto. Allendy,

el noble, el héroe. Un hombre demasiado civilizado. ¿Por qué no me tomó en sus brazos cuando estaba bajo su hechizo, envió al diablo la prudencia y me conoció, aun cuando todo condujera a la tragedia?

Vuelve Henry y tenemos tal escena de pasión en la cocina, está tan excitado. Y yo sigo estando tan embriagada, tan endemoniada que Henry observa la diferencia y dice: «Eres más natural».

Creo que si puedo renunciar a Allendy, renuncio al último de los idealistas, de los héroes que he amado; que, de ahora en adelante, seré una persona liberada, ¡y esto puede ser mi salvación o mi muerte!

Henry y yo poseemos esta terrible facultad de sumergirnos en una atmósfera, hasta el punto de olvidarnos de nosotros mismos y de nuestro amor. Cuando estuve en el Tirol, Henry se me hizo irreal, y mientras él estuvo en Luxemburgo, me hice «irreal», increíble; le era imposible creer que conociera a una mujer llamada Anaïs. Anoche, cuando llegué, me miró como yo lo miro después de pasar una hora con Allendy, extrañada. ¿Es ésta la última veleidad, la susceptibilidad al momento que llamamos debilidad?

7 DE ENERO

Fui andando a la consulta del doctor Cox para mi chequeo anual. Me llevé algunos *Interviews* para la sala de espera. Estuve hablando con Rosemary. Ella y el doctor Cox discutían mientras me sacaban sangre. Ella se quejaba, quería cambiar de profesión, pero decía que era demasiado vieja para hacerse especialista de cerebro. Yo le dije que se dedicara a la moda y que hiciera maquillaje. Estuve allí hasta las 2:00 y luego di

una vuelta por allí repartiendo *Interviews*. Fui en taxi a Union Square (5\$) y luego andando a la oficina.

Compré los periódicos. Los rusos han invadido Afganistán.

8 DE ENERO

Mi trato con Henriette es que al menos dos noches por semana no estoy disponible. Le digo que voy a jugar póker o a cenar con viejos amigos, algo por el estilo. El póker es un juego completamente idiota, como todo juego de cartas, la mayoría de las mujeres lo detestan y corres poco riesgo de que una mujer te diga que quiere participar del juego. En cuanto a amigos hombres, tengo pocos y no perdería el tiempo viéndolos todas las semanas.

Me cité con Lucía en su casa. Ella me recibió con ropas seductoras, como diciendo «vamos al grano».

En uno de mis libros describo un personaje de cuerpo tan sólido y liso que parecía forrado en una piel incapaz de contener su esqueleto y su carne. Tampoco había surcos ni pliegues en parte alguna del duro cuerpo de Lucía, cosa que noté con entusiasmo cuando nos fuimos a la cama.

Mientras estábamos aún conversando en la sala, mi celular sonó.

—Excúsame, es mi editor. J.S. es un pesado, quiere hablar de mi nuevo libro —dije, levantándome de la silla y yendo hasta un rincón de la sala.

Era Henriette, controlándome.

—¿Cómo va el juego?

—Estoy ganando.

—¿Llegarás tarde?

—El que está ganando no puede retirarse del juego.

—No tardes mucho, ¿quieres?

Corté la comunicación sin que Lucía lo advirtiera. Después alcé un poco el tono de mi voz, mientras caminaba por la sala demostrando impaciencia y acercándome un poco a la silla de Lucía.

9 DE ENERO

El entierro de Verlaine. Como decía aquel académico, los entierros me excitan. Me revitalizan. Lepelletier tenía la boca llena de lágrimas. Gritaba que las mujeres han sido la perdición de Verlaine: eso es cuando menos una ingratitud para con Verlaine. Moréas dijo: ¡Cierto!

Barrès ciertamente tiene la voz adecuada para hablar sobre una tumba, con resonancias de sepulcro y de cuervo. En efecto, ha dicho maravillas de los jóvenes, aunque Beaubourg afirma que barre un poco para casa, porque fue más bien Anatole France quien hizo a Verlaine. Antes de hablar le ha pasado el sombrero a Montesquiou. Por un momento he sentido ganas de aplaudir con el bastón sobre la tumba, pero ¿y si el muerto se despertaba?

Mendès ha hablado de una escalera con escalones de fino mármol que se sube entre laureles y rosas, hacia luces deslumbrantes. Era muy bonito y podía aplicarse a cualquiera.

A Coppée al principio le han aplaudido. Pero la gente se ha enfriado al ver que se reservaba el sitio a la diestra de Verlaine en el Paraíso. ¡Sin empujar, por favor!

Mallarmé. Habrá que releer su discurso. Lepelletier ha hecho una profesión de fe materialista, aunque por allí no

había votantes. La gran cualidad de Barrès es el tacto. Podría hablar bien hasta con la boca llena.

Donnay se me presenta: es el primer servicio que me presta Verlaine.

Verlaine –se fue a Holanda a dar conferencias. Le reservaron la mejor habitación. Reclamó al gerente:

–Quiero otra habitación.

–Pero si es la mejor que tenemos.

–¡Precisamente! Se lo repito: quiero otra.

Viajaba con una maleta que solo contenía un diccionario.

Vicaire parecía tomar el relevo de Verlaine sobre la tumba misma. Estaba ya muy borracho y Spont tuvo que llevárselo en un fiacre.

En el restaurante, bromeamos: reservamos la mesa y encargamos el almuerzo para el entierro de Coppée.

Me siento orgulloso de almorzar con periodistas. Con nosotros, al final de la mesa, hay dos jóvenes lo bastante jóvenes para tratarnos enseguida de viejos idiotas.

Se presenta Stuart Merrill. Es gordo y amable como un abad. Rachilde dice a De Souza:

–¡Usted es la «e» muda que tanto ruido hace!

Hay un loro que nos da la espalda y repite sin cesar: «caca, caca». Schwob lleva puesta su cara de entierro, una cara lúgubre, ojos hundidos, bigote llorón, cabello alborotado.

Otros dicen que en medio de la habitación de Verlaine había una caca.

–A Barrès los muertos le rejuvenecen –dice Schwob.

IO DE ENERO

Miércoles,

Sigue el buen tiempo y el buen humor en el pasaje, solo interrumpido por desagradables incidentes provocados por españoles llegados de España. Se ignora si entre ellos hay algún agente franquista pagado para provocar disturbios con el fin de desacreditar a la masa de refugiados españoles; éstos han tomado las medidas al caso para contrarrestar su maniobra.

II DE ENERO

Puse una capa positiva sobre mis sentimientos negativos...

... Coleridge como un filósofo yo-vos...

... La octava de sus pechos.

Stendhal sobre la conducta social o el arte (?): «Crear un efecto y después salir rápidamente».

Me gusta. Y habría deseado poder amarlo. (O: No me gusta. Pero habría deseado que me hubiera gustado). Así que le obsequio con este sentimiento. —Lo pretendía como un regalo y como un rechazo— Pero cree ahora que en efecto lo amo. Intenta hacer efectivo mi cheque y se lo devuelven.

Solo quise ser amable. Pero ahora me he convertido en una farsante, y siento que se impone, que me oprime.